

En búsqueda de lo popular en la Guerra de los Mil Días

Charles Bergquist

*Profesor del Departamento de Historia,
Universidad de Washington, Seattle*

DE TODOS LOS CONFLICTOS CIVILES QUE HAN marcado la historia de Colombia, desde los tiempos de las guerras de independencia a principios del siglo XIX hasta la aparentemente interminable violencia de nuestro propio tiempo, la dimensión popular de la Guerra de los Mil Días (1899-1902) sigue siendo la más oscura. Mientras que algunos estudios de otros períodos de violenta lucha civil rutinariamente hacen énfasis en las preocupaciones y acciones de la clase trabajadora o popular y de grupos sociales explotados, otros estudios revelan la visión autónoma y la política independiente de dichos grupos frente a las elites sociales, estos asuntos permanecen relativamente minimizados, escasamente documentados y pobremente entendidos en los estudios sobre la Guerra de los Mil Días. Este artículo revisa mis propios esfuerzos, comenzados hace cerca de treinta y cinco años, por entender las dimensiones populares de la Guerra, y luego entra a discutir otros esfuerzos más recientes de los historiadores colombianos para ampliar nuestro entendimiento sobre este tema. El texto termina con algunas reflexiones de cómo los avances en la historia colombiana y los cambios en los asuntos colombianos y mundiales en las últimas décadas nos invitan a repensar todo el asunto de lo popular en la Guerra de los Mil Días. Mi conclusión es que hacer esto puede influir en nuestro entendimiento de la historia colombiana de los siglos XIX y XX, y de la crisis que enfrenta el país hoy.

Mi propia búsqueda de lo popular en la Guerra de los Mil Días comenzó en junio de 1968 cuando viajaba de Estados Unidos a Colombia en busca de un tema para una disertación doctoral en historia. No era ajeno a Colombia –había servido allí en los Cuerpos de Paz entre 1963 y 1965 y me había casado con una colombiana– pero la idea de escoger un tema para la disertación era sin embargo atemorizante. Yo sabía que debido a las exigencias de una carrera académica en Estados Unidos, el tema que escogiera esta-

ría conmigo por un largo tiempo y determinaría en gran parte mi éxito profesional. Investigar y escribir una disertación tomaría por lo menos dos años en las mejores circunstancias. Luego, si el trabajo era aprobado y tenía la buena fortuna de asegurar un empleo en una universidad, mantener ese trabajo significaba convertir la disertación en un libro que pudiera ser publicado por una editorial académica. Este proceso, debido al trabajo de enseñar y otras responsabilidades profesionales, frecuentemente demoraba otros cinco años. En efecto, escoger un tema para la disertación significaba decidir cómo pasar los siguientes siete años trabajando en un proyecto que determinaría en gran parte el futuro éxito profesional.

Yo creía que la selección de una disertación era también importante debido a razones políticas e ideológicas. El año de 1968 fue, por supuesto, uno de esos momentos dramáticos en la historia del mundo moderno (1848 fue otro) cuando el *momentum* de las fuerzas democráticas y populares parecía estar al borde de romper con el orden establecido de las cosas para crear una nueva sociedad. Las demostraciones masivas de estudiantes y trabajadores en Francia, Italia y México sacudieron los pilares de sus respectivas sociedades en ese año. El conflicto liderado por los comunistas en Vietnam –que derrotaría a la nación capitalista más poderosa del mundo– había llegado a su clímax, y un movimiento masivo contra la guerra había cogido impulso dentro de los mismos Estados Unidos. A través de América Latina, el éxito de la revolución cubana había estimulado movimientos revolucionarios, y aun las elites latinoamericanas y sus aliados en el gobierno de Estados Unidos hablaron sobre la necesidad de una reforma democrática para poder atajar el avance de las revoluciones socialistas a lo largo del hemisferio. Como estudiante graduado que se estaba especializando en historia de Latinoamérica, me sentía arrebatado por estos acontecimientos. Como muchos de mis colegas, aprendí a entender estas luchas en términos marxistas y participaba en demostraciones en contra de la guerra en la universidad y de la desobediencia civil en las calles. En ese momento, creíamos que la comprensión histórica debía reflejar e informar sobre las luchas democráticas y populares que envolvían al mundo. El escoger un tema de disertación sobre historia colombiana no era simplemente un ejercicio académico, era también de vital significado político.

Durante los meses que pasé en Colombia a

mediados de 1968, evalué varios posibles aspectos para la disertación, incluida la violencia, tema que se ha convertido en el *lynchpin* de los estudios colombianos del siglo XX. Al final me quedé con la Guerra de los Mil Días por varias razones. Esta guerra no sólo fue la más grande de los conflictos civiles de Colombia en el siglo XIX, también parecía marcar el punto de decisión en la historia nacional, una transición de la política de inestabilidad, violencia y estancamiento económico de casi medio siglo, a la estabilidad política y el desarrollo económico. Y sin embargo, a pesar de su importancia, la Guerra y los períodos que la rodean desde la Regeneración hasta el Quinquenio de Reyes fueron muy poco estudiados en comparación con el período de la Independencia y la etapa inicial republicana en el siglo XIX, y en la etapa después de 1930 en el siglo XX. Y aunque las fuentes de archivo que tratan sobre la Guerra de los Mil Días, como aquellas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX en general estaban en su mayoría sin organizar y sin catalogar en el Archivo Nacional colombiano –una situación de marcado contraste con el material abundante y bien ordenado que se encuentra en este repositorio y en otros sobre la época colonial–, con la ayuda de investigadores colombianos pude identificar un gran volumen de material básico sobre el período de la Guerra, la mayor parte de él sin explorar por otros historiadores. Este material incluía varias colecciones de papeles personales de políticos de la elite de la época, incluidos entre los más importantes los del líder liberal del tiempo de guerra, Rafael Uribe Uribe, localizados en la Academia Colombiana de Historia. También encontré una inmensa colección de telegramas relacionados con la guerra, guardados en un archivo militar almacenado por el Ministerio de la Defensa (más adelante volveré sobre la importancia de esta fuente). Además de fuentes no impresas como éstas, estaba por supuesto una gran colección de periódicos de la época guardados en las bibliotecas Nacional y Luis Ángel Arango. Y estos mismos repositorios guardan varios volúmenes de memorias de participantes de la elite en la Guerra, como también un puñado de estudios secundarios del conflicto escrito por historiadores posteriores.

Ninguna de estas fuentes resultó ser muy reveladora sobre los motivos y el papel que la gente de las clases populares desempeñó en la Guerra, pero ese fue un problema que sólo pude apreciar en su totalidad mucho más tarde. Al

comienzo de mi investigación, yo pensaba que el estudio de la Guerra de los Mil Días probaría ser muy revelador en cuanto a las fuerzas populares en la historia colombiana (y por ende latinoamericana y del mundo). Después de todo, la Guerra fue un conflicto grande y prolongado, la guerra civil más larga en toda América Latina durante un siglo que fue marcado –o por lo menos definido– por dichos conflictos. De la literatura secundaria disponible era evidente que las elites habían representado papeles importantes en la precipitación de la guerra; de hecho, el grueso de esta literatura gira exclusivamente sobre las motivaciones y acciones de este grupo. Pero la gente que más participó en la lucha pertenecía obviamente a las clases populares, la mayoría, trabajadores rurales agrícolas. Entonces pensé que una inspección más cercana de los registros históricos revelaría mucho más acerca de sus motivaciones y del papel que desempeñaron en el conflicto.

En 1970, una vez terminado mi curso y aprobados mis exámenes finales, regresé a Colombia para iniciar la investigación en serio sobre la Guerra. Desde un comienzo, la mayor parte de esa investigación se enfocó en las causas y la dinámica de la Guerra de los Mil Días, preguntas que parecían desglosarse en dos partes separadas, una que tenía que ver con las elites y la otra con las clases populares. Los lectores del producto terminado que apareció en forma de disertación en 1974 y luego como un libro en inglés en 1978¹, sabrán que tuve mucho más éxito en la exploración del lado elite de estas preguntas que el que tuve con las dimensiones populares.

No voy a recordar ese análisis en detalle ahora. Basta con decir que el argumento que fui capaz de desarrollar respecto a las elites fue bastante detallado y profusamente documentado. También fue revisionista especialmente en lo relacionado con el trabajo (en su mayoría de investigadores británicos y de Estados Unidos) que dependía de estereotipos raciales y culturales (personificado en el concepto de “políticas caudillistas”) para explicar las guerras civiles del siglo XIX en América Latina. En vez de ello, yo argumenté que el conflicto de la elite tenía profundas dimensiones materiales, programáticas e ideológicas, y que aunque hay motivaciones personales, regionales y clientelistas que influyen en los políticos, sus actitudes y acciones podrían ser

totalmente comprendidas únicamente en relación con las tendencias del sistema más amplio del capitalismo mundial. Finalmente, argumenté que la Guerra de los Mil Días era la culminación de medio siglo de lucha entre las elites liberales y conservadoras sobre la pauta y el contenido de las reformas liberales diseñadas para promover el desarrollo de la agricultura de exportación en Colombia. Este argumento, a mi entender, constituye la principal contribución del estudio.

Aunque hice lo posible, el argumento que logré desarrollar en relación con el papel de las clases populares en la Guerra fue bastante menos exitoso. El primer problema tuvo que ver con las fuentes. Simplemente no pude encontrar material en el que los elementos populares hablaran directamente sobre sus preocupaciones y experiencia. La inmensa mayoría de la gente trabajadora, tanto rural como urbana, era analfabeta, y por razones que sólo hasta ahora son más claras para mí y que se discuten plenamente al final de este ensayo, aun los miembros educados de la clase artesana, que desempeñaron un papel tan importante en la política colombiana a partir de la mitad del siglo XIX, han visto su situación material socavada, su organización independiente y proyectos democráticos desmantelados y sus voces censuradas y reprimidas. Hice algunos esfuerzos para identificar a los participantes de la Guerra que todavía estaban vivos, pero las pocas entrevistas que realicé –que fueron un respiro humano del trabajo en los archivos–, fallaron en pasar más allá de las generalidades.

Me di cuenta de que, en su mayoría, tendría que llegar indirectamente hasta la experiencia y las motivaciones de las clases populares a través del tipo de archivos y fuentes impresas anteriormente listadas. No es necesario decir que los resultados de esta estrategia fueron limitados. Sólo en raras ocasiones dichas fuentes dejan vislumbrar las motivaciones y preocupaciones populares. La literatura secundaria sobre la Guerra no fue tampoco de mucha ayuda para revelar sus dimensiones populares. Estaba enfocada casi totalmente en las personalidades, actividades y convicciones de las elites, y virtualmente ignoró a la mayoría de los colombianos involucrados en la Guerra. La mayoría de los escritores que por lo menos se preocuparon por las motivaciones de los miembros de las clases populares en el conflicto sólo recalcaron su persecución, descri-

¹ Una edición en español, *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*, fue publicada primero en Colombia en 1981, Medellín, Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales; las referencias que siguen pertenecen a esa edición.

biéndolos como participantes pasivos, ignorantes o aññados que fueron engañados o forzados a tomar las armas.

Durante mi investigación encontré suficiente evidencia de reclutamiento coercitivo y forzado tanto por parte de las fuerzas del gobierno conservador como por parte de los revolucionarios liberales para rechazar la idea de que los soldados fichados y de rango fueron embaucados para participar en el conflicto. La coerción, por supuesto, fue más allá de la fuerza política total, incluidas las presiones económicas, especialmente el acceso a la tierra para trabajadores dependientes en las grandes haciendas. Este tipo de coerción y la conformidad con los proyectos elite que parecía implicar han sido frecuentemente comentados por los estudiosos susceptibles a las implicaciones políticas de sistemas tremendamente explotadores de tenencia de la tierra y del trabajo.

A través de archivos notariales pude documentar aspectos de dichos sistemas a finales del siglo XIX en la zona cafetera del occidente de Cundinamarca, un área que también se convirtió en un escenario principal de la Guerra. Pero la documentación del enlace entre dichas estructuras económicas y sociales y la participación popular en la guerra me eludió en gran parte. Sin embargo, un documento que encontré me reveló las posibilidades para su interpretación. Era un conjunto de instrucciones de Rafael Uribe Uribe, quien se estaba preparando para asumir el trabajo de administrar una gran hacienda en Cundinamarca en 1894. “Es conveniente”, le dijeron, “ejecutar un escarmiento en uno de los que en la hacienda son considerados como invulnerables, y que quizá ayudan a fomentar la rebeldía. Expulsado uno, los demás se someten”². Una vez que se ha digerido las implicaciones de este tipo de coerción económica, es más fácil entender la evidencia abundante que indicaba que los trabajadores dependientes frecuentemente se unían a sus terratenientes rurales, ya fueran estos liberales o conservadores, cuando estas elites sociales marchaban a la guerra.

También encontré otro tipo de evidencia que refutaba la noción de la pasividad popular. Descubrí evidencia considerable de resistencia por parte de la población civil al reclutamiento (es-

pecialmente a manos del Gobierno), que usualmente tomó la forma de escape. Con base en esta evidencia –la más concreta y satisfactoria, documentada en los telegramas militares del Gobierno anteriormente mencionados–, las nociones de pasividad e irreflexión y comportamiento aññado de las clases bajas puede fácilmente descartarse. Pero si dichos estereotipos negativos de motivación popular pueden ser fácilmente despojados, ¿qué más podría decirse del papel de las clases bajas en la guerra? Ante la ausencia de fuentes que permitieran a dicha gente hablar con sus propias voces, ¿qué puede hacer un historiador? Una táctica utilizada por los historiadores sociales durante la época de mi investigación fue la de observar y decantar cuidadosamente las acciones populares. La idea era deducir lo que la gente estaba pensando extrapolándolo de lo que ellos estaban haciendo. En raras ocasiones pude usar esta estrategia con buen resultado, como cuando por ejemplo, las acciones de un grupo de guerrilla liberal operando en el Sumapaz, una región del occidente de Cundinamarca, en 1901, incluyó la destrucción de los libros contables de la hacienda por parte de los trabajadores que decían estaban endeudados con el propietario conservador de la hacienda³. También pude documentar el miedo de la elite por las clases populares y su preocupación, especialmente a medida que la Guerra progresaba y los grupos de guerrilla ganaban más autonomía de parte de la elite del partido liberal, de que elementos populares estaban adquiriendo un interés propio en la continuación de la guerra. De hecho, yo me apoyé en este último argumento, tanto como en el miedo a la intervención de Estados Unidos en Panamá, para explicar la decisión de los comandantes de las fuerzas regulares liberales a finales de 1902 de entregar sus armas y poner fin a la Guerra.

A pesar de estos esfuerzos, había mucho más que me hubiera gustado hacer con las dimensiones populares de la Guerra. En varios puntos del estudio menciono un solo documento que originó posibilidades interpretativas provocadoras que no logré corroborar y desarrollar aún más. Un ejemplo de ello es la carta al líder del partido liberal Aquileo Parra, escrita por un miembro del partido en Cundinamarca en 1898. El escritor les avisaba sobre la “desesperación e inquietud” (especialmente a manos del Gobierno), que usualmente tomó la forma de escape. Con base en esta evidencia –la más concreta y satisfactoria, documentada en los telegramas militares del Gobierno anteriormente mencionados–, las nociones de pasividad e irreflexión y comportamiento aññado de las clases bajas puede fácilmente descartarse. Pero si dichos estereotipos negativos de motivación popular pueden ser fácilmente despojados, ¿qué más podría decirse del papel de las clases bajas en la guerra? Ante la ausencia de fuentes que permitieran a dicha gente hablar con sus propias voces, ¿qué puede hacer un historiador? Una táctica utilizada por los historiadores sociales durante la época de mi investigación fue la de observar y decantar cuidadosamente las acciones populares. La idea era deducir lo que la gente estaba pensando extrapolándolo de lo que ellos estaban haciendo. En raras ocasiones pude usar esta estrategia con buen resultado, como cuando por ejemplo, las acciones de un grupo de guerrilla liberal operando en el Sumapaz, una región del occidente de Cundinamarca, en 1901, incluyó la destrucción de los libros contables de la hacienda por parte de los trabajadores que decían estaban endeudados con el propietario conservador de la hacienda³. También pude documentar el miedo de la elite por las clases populares y su preocupación, especialmente a medida que la Guerra progresaba y los grupos de guerrilla ganaban más autonomía de parte de la elite del partido liberal, de que elementos populares estaban adquiriendo un interés propio en la continuación de la guerra. De hecho, yo me apoyé en este último argumento, tanto como en el miedo a la intervención de Estados Unidos en Panamá, para explicar la decisión de los comandantes de las fuerzas regulares liberales a finales de 1902 de entregar sus armas y poner fin a la Guerra.

² “Antonio Suárez M. a Rafael Uribe Uribe”, en *Correspondencia de Uribe Uribe*, Ubaté, 8 de noviembre de 1894, Academia Colombiana de Historia, caja 6.

³ *El Colombiano*, 22 de enero de 1901.

tud del pueblo”, y advirtió a los liberales que era mejor “abrir la válvula de los movimientos políticos”; de otra forma, la nación podría “estallar en un espantoso movimiento social”⁴.

¿Es posible que las elites, especialmente las liberales entre ellas, conscientemente hubiesen buscado lanzar un conflicto político tradicional para canalizar el desespero popular y la agitación lejos de los canales sociales revolucionarios basados en la diferencia de clases? Claramente esta estrategia anticipada no es algo sobre lo que la mayoría de los líderes políticos hubiesen hablado públicamente o tal vez considerado conscientemente. Pero esto no significa necesariamente que la posición expresada en el documento no fuese representativa de su pensamiento. ¿Y qué efecto tendría esta línea de pensamiento sobre la pregunta de causalidad que yo exploré exhaustivamente en el estudio desde la perspectiva de la economía política elitista?

Varias veces estos documentos, poco frecuentes pero provocativos, aparecieron en los telegramas militares a los que me referí con anterioridad. Fue esta fuente, por ejemplo, la que produjo material fascinante sobre cientos de trabajadores del café, hombres y mujeres, capturados por el general conservador Sicard Briceño durante un recorrido por la zona productora de café en los alrededores de Cumaca y Calandaima en el suroeste de Cundinamarca, cerca de Viotá, en 1901. En su informe al ministro de Guerra en Bogotá, Briceño declaró: “Tanto unos como otros son cómplices y auxiliares de aquellos bandoleros a quienes ocultan en sus casas; en consecuencia, los remitiré todos a esa creyendo deben mandarse los hombres como reclutas a la costa y a las mujeres imponerles el castigo que S.S. estime conveniente, pues son de muy mala ley”.

En un segundo telegrama enviado el mismo día, reiteraba su consejo en relación con los hombres, pero cambió su pensamiento sobre las mujeres. “Las doscientas mujeres las devolveré a los cafetales intimándoles que serán severamente castigadas si auxilian guerrilleros”⁵.

Recordando este material, me doy cuenta ahora de que un trabajo más intenso en este archivo militar podría haber arrojado más luz so-

bre las dimensiones populares de la Guerra de los Mil Días. El problema radicó en que encontrar este material fue algo así como buscar una aguja en un pajar. Estos documentos se hallaban enterrados bajo miles y miles de telegramas, la mayoría de los cuales trataban sobre maniobras y suministros militares. Durante mi búsqueda sólo gasté unas pocas semanas examinando el material de unos 170 volúmenes gruesos que componían este archivo. Leerlos todos completamente sospecho que le hubiera tomado a un investigador diligente, trabajando tiempo completo, como un año o más. Yo elegí invertir el año que tenía para investigar en Colombia en otros archivos donde la densidad del material sobre las causas de la Guerra y la motivación de los participantes era mucho mayor. Las consecuencias de esa decisión ciertamente comprometieron las dimensiones populares del estudio que eventualmente produjo.

Siguiendo la terminación de este estudio sobre la Guerra de los Mil Días, mi investigación de lo popular en América Latina me llevó lejos de mi enfoque exclusivo en Colombia a un estudio comparativo de los movimientos laborales modernos del siglo XX en América Latina. Más tarde, me aventuré en el estudio del papel del trabajo en el desarrollo divergente de las naciones del hemisferio occidental, incluido Estados Unidos. Mientras tanto, otros han continuado estudiando la Guerra de los Mil Días, y algunos de estos trabajos arrojan nueva e importante luz sobre la participación popular en ella.

Me he enfocado en tres de esos estudios, que enumero a continuación:

El primero es *Los guerrilleros del novecientos*, de Carlos Eduardo Jaramillo⁶, un trabajo de investigación prodigioso, notable por su énfasis en la vida diaria de los combatientes durante la guerra, particularmente las fuerzas de la guerrilla liberal operando en el departamento del Tolima. Aunque Jaramillo fue entrenado como sociólogo en Francia y su estudio utiliza una amplia variedad de fuentes de archivo, comparte mucho con una larga tradición de escritos sobre la guerra de partidistas liberales –libros como *Guerrilleros del Tolima* (1937) de Gonzalo París Lozano y *La revolución de 1899* (1975) de Joaquín Tamayo, ambos

⁴ “Saul Cortissor a Aquileo Parra”, en *Archivo Aquileo Parra*, Ubaté, Cundinamarca, 8 de febrero de 1898, Academia Colombiana de Historia.

⁵ Ambos telegramas fechados en Fusagasugá, Cundinamarca, 21 de junio de 1901, aparecen en el volumen 05764, Documentos Relacionados con la Guerra de los Mil Días, Ministerio de Defensa.

⁶ Carlos Eduardo Jaramillo, *Los guerrilleros del novecientos*, Bogotá, Cerec, 1991.

bien utilizados por Jaramillo—. Este último usualmente documenta sus fuentes, pero hay ocasiones en que es difícil saber dónde finaliza la evidencia documental y es remplazada por la imaginación creativa del autor. Y su uso indiscriminado del material secundario imprime al libro una especie de calidad más grande que la realidad, que deja sin aliento y que con frecuencia fatiga la imaginación. “Los guerrilleros combatientes están usualmente embriagados con aguardiente con sabor a pólvora cuando van a combatir”; de hecho, de acuerdo con Jaramillo, los combatientes liberales, en su mayoría desprovistos de convicción ideológica y muy borrachos para ser efectivos, pierden batallas clave de la guerra y la guerra misma⁷. En una parte del libro, reproducida de una fuente secundaria, las tropas del Gobierno (que inexplicablemente se encuentran sin cuchillos o machetes) despedazan a un buey vivo y satisfacen su hambre mientras el pobre animal gime en agonía⁸. En otra parte de otro libro, una guerrillera liberal, joven y hermosa, de “cuerpo esbelto y mirada franca”, indiferente al silbido de las balas alrededor de ella, brinca una valla con su hermosa montura y recupera las armas y efectos personales de su capitán muerto (¿y amante?). Luego ella le da un beso al cadáver, urge a sus compañeros a entrar nuevamente en batalla y las guerrillas ganan ese día⁹. Según lo sugieren estos ejemplos, con frecuencia Jaramillo trata estas fuentes sin sentido crítico, ya sean estos documentos de archivo, relatos secundarios como los que hemos citado anteriormente o entrevistas que realizó en Tolima en 1983 con los hijos de los líderes guerrilleros del tiempo de la guerra. Las teorías de conspiración —tan queridas por muchos liberales pero basadas en presunciones dudosas y en su mayoría

indocumentadas— también le dan color al trabajo. “El gobierno conservador pierde a propósito la batalla de Peralonso para poder prolongar la guerra e imprimir más papel moneda”¹⁰; Francia y Estados Unidos apoyan al gobierno establecido de Colombia para poder prolongar la guerra y ganar más concesiones en sus negociaciones del canal¹¹.

Se le acredita a Jaramillo su esmero especial en recuperar el papel de las mujeres, niños e indígenas en la Guerra, temas que él argumenta correctamente que habían sido olvidados en trabajos anteriores. Su tratamiento de estos temas es el mejor disponible en la literatura sobre la Guerra, aunque, ocasionalmente, yo fui uno de los que cuestionó las implicaciones de sus aserciones y su escogencia del lenguaje. Por ejemplo, él asegura, sin suministrar documentos, que los motivos de las mujeres que participaron directamente en la lucha iban desde la convicción ideológica hasta el deseo de ganancia económica: los “caprichos de amor y el apego a la aventura” fueron “las razones más destacadas y las que mayor número de mujeres arrastraron a los campos de batalla”¹². Jaramillo continúa describiendo cómo las mujeres liberales que se quedaron en casa brindaron un sinnúmero de servicios a los combatientes, incluyendo el convertir la ropa de cama en gasa con “sus pacientes manos femeninas”¹³. Mientras que su tratamiento de temas sensibles como la prostitución en tiempo de guerra y la incidencia de las enfermedades venéreas me parece sensible y balanceada, a veces una cierta reticencia sexual se desliza furtivamente en su análisis¹⁴. La reticencia es más pronunciada en relación con la raza. Por ejemplo, Jaramillo afirma que la barbarie existió en todos los bandos durante la guerra. Y, sin embargo, las des-

⁷ *Ídem.*, p. 244.

⁸ *Ídem.*, p. 53.

⁹ *Ídem.*, p. 69; aquí Jaramillo está citando con aprobación un libro de 1936 de Carlos Chaparro Monco, *Un soldado en campaña*.

¹⁰ *Ídem.*, pp. 333-334.

¹¹ *Ídem.*, p. 282.

¹² *Ídem.*, p. 60. Los lectores pueden querer comparar esta evaluación de la motivación femenina con las conclusiones reflexivas sobre el tema: Aída Martínez Carreño, “Mujeres en pie de guerra”, en Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera (eds.), *Memoria de un país en guerra: Los Mil Días 1899-1902*, Bogotá, Editorial Planeta Colombiana, 2000, especialmente, pp. 204-207.

¹³ *Ídem.*, p. 67.

¹⁴ *Ídem.*, p. 73. Ver, por ejemplo, la discusión del castigo de las mujeres, particularmente de la forma llamada “la amapola”.

cripciones más detalladas y gráficas de barbaries en el libro tienen que ver con atrocidades que involucraban a los indígenas¹⁵. Al discutir la tremenda brutalidad de los indios Cholo en Panamá durante la Guerra, Jaramillo explícitamente la compara con la de los “negros caucanos en las tierras del Valle”¹⁶.

Dejando estas reservas de lado, hay mucho que aprender de este libro sobre la participación popular en la Guerra. Jaramillo ha encontrado un cuerpo significativo de nueva documentación para apuntalar lo que sabemos sobre aspectos como el reclutamiento y las tácticas de la guerrilla. Además, él ha descubierto mucho material nuevo sobre la forma como la lucha afectó la vida de la gente del común. A los asuntos anteriormente mencionados, Jaramillo suma secciones sobre canciones populares y la forma de vestir de la guerrilla, y brinda una lista fascinante sobre el uso de drogas medicinales y remedios caseros utilizados durante la época. Un documento fabuloso, reproducido en su totalidad, registra las transacciones de una tienda de empeño en Ibagué durante el mes de julio de 1902. Éste revela la penuria que mucha gente estaba experimentando en ese momento del conflicto, con mujeres empeñando los elementos básicos del hogar y ropa íntima personal para lograr estirar el dinero disponible para cubrir las necesidades más apremiantes. Otra importante contribución de Jaramillo es el listado meticuloso del número y la distribución de los grupos de guerrilla que operaron durante la guerra (como era de esperarse, la mayoría eran liberales y se hallaban abrumadoramente concentrados en Tolima, Cundinamarca y Santander)¹⁷; otra lista suministra una reseña mes por mes de las batallas más importantes de la Guerra, señalando la fecha, sitio, nombre de los comandantes de ambos bandos y el resultado de cada una de ellas¹⁸. Sin embargo, es desafortunado que Jaramillo no describa la metodología que utilizó en la creación y documentación de estas listas; sin esta información es imposible demostrar y juzgar su validez.

El enfoque de Jaramillo sobre las fuentes y la documentación puede no satisfacer siempre los escrúpulos disciplinarios de los historiadores profesionales, pero irónicamente tal vez la contribución más grande de su trabajo sea la de dejar a los historiadores del futuro el rango de archivos que contienen material útil sobre las dimensiones populares de la guerra. Jaramillo consigue material no sólo de repositorios nacionales utilizados por investigadores anteriores –tales como el Archivo Nacional, la Academia Colombiana de Historia y el Ministerio de Defensa–, sino que también utiliza archivos de provincia tales como el Archivo Central del Cauca, el Archivo Histórico de Santander y el Archivo Histórico de Ibagué. Es probable que, como está sucediendo con otros temas de la historia colombiana, el trabajo en los archivos provinciales y municipales como éstos lleguen un día a presentar a los investigadores diligentes todo un nuevo universo de datos empíricos y posibilidades interpretativas relacionados con las dimensiones populares de la Guerra.

La segunda contribución importante al entendimiento de lo popular en la Guerra de los Mil Días es un ensayo provocativo e interpretativo de Fernán E. González, S. J., originalmente publicado como “La Guerra de los Mil Días” en las Memorias de la II Cátedra Anual de Historia “Ernesto Restrepo Tirado”¹⁹, y subsecuentemente publicadas de nuevo bajo un título más descriptivo: “De la guerra regular de los ‘generales-caballeros’ a la guerra popular de los guerrilleros”, en el volumen editado por Sánchez y Aguilera²⁰. La contribución de González es de un orden muy diferente al de Jaramillo. Especializado como historiador en la Universidad de California-Berkeley y director del Centro para la Investigación y Estudios Populares (Cinep) en Bogotá, González no se dedica a realizar una nueva investigación primaria sobre la Guerra. Más bien, él busca una comprensión más amplia del conflicto, sintetizando e interpretando aspectos de la literatura secundaria sobre la Guerra. Combinando la evidencia y el análisis de los trabajos de Jaramillo, Marco Palacios, José Antonio

¹⁵ *Ídem.*, pp. 94-100.

¹⁶ *Ídem.*, p. 99.

¹⁷ *Ídem.*, p. 104.

¹⁸ *Ídem.*, apéndice 5.

¹⁹ Fernán E. González, S. J., “La Guerra de los Mil Días” en *Memorias de la II Cátedra Anual de Historia “Ernesto Restrepo Tirado, Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*, Bogotá, Museo Nacional de Colombia, 1998.

²⁰ Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera (eds.), *Ob. Cit.*

Ocampo y Bergquist, entre otros, González argumenta más clara y convincentemente que cualquiera de estos otros autores que la fase de guerrilla de la Guerra tenía una geografía única y obedecía a una lógica social definida. Él afirma que el teatro geográfico de la guerra popular de guerrillas estaba localizado “especialmente en el valle del Magdalena, desde Honda hasta Neiva, con las vertientes cordilleranas que lo circundan”²¹. Estas regiones, localizadas en el occidente de Cundinamarca y del Tolima, son parte de la frontera cafetera en expansión de finales del siglo XIX, y ellas experimentan un proceso dual de inmigración interna (con gente llegando de las regiones montañosas de Cundinamarca y Boyacá en la cordillera Oriental y de Antioquia en la cordillera Central) y alienación de la tierra pública (en la que los colonos y los capitalistas a gran escala, dos fuerzas frecuentemente en conflicto, rivalizan por la tierra). De acuerdo con González, estas áreas también son social y culturalmente distintas a las antiguas áreas de colonización en Colombia. Éstas eran sociedades de “poca cohesión y control sociales”²² donde la presencia del Estado y de la Iglesia era precaria. Fueron estas áreas las que procrearon y sostuvieron a los principales grupos de guerrilla liberal que prolongaron la guerra en el interior del país después de la derrota de los ejércitos regulares liberales en Palonegro, Santander, en mayo de 1900. Y fue en estas áreas donde, durante las últimas etapas de la Guerra, la brutalidad y degradación del conflicto fue más hondo, condiciones éstas que ayudan a explicar el recrudecimiento de la violencia política en estas mismas regiones en la mitad del siglo XX.

Éste es un argumento pulcro que encuentro bastante apasionante, porque sin duda trata en parte aspectos de mi propio trabajo. Pero es importante resaltar que actualmente es más una hipótesis interpretativa que un análisis histórico documentado. Por ejemplo, un aspecto crucial del argumento de González –lo que para él hace que las fuerzas de guerrilla de Cundinamarca y Tolima sean “populares” es que están compuestas “principalmente de iletrados del campo, campesinos sin tierra, pequeños propietarios y colonos, [y] trabajadores independientes”²³– puede ser posible, pero todavía hace falta evidencia sistemática y documentada sobre la com-

posición de estos grupos de guerrilla, y la única evidencia sistemática que tenemos respecto a la composición social de las fuerzas revolucionarias liberales en esa región, y de la cual soy consciente sugiere un cuadro mucho más complejo en el que los comerciantes, grandes terratenientes, profesionales y artesanos juegan papeles importantes. Esto fue especialmente cierto en los cuerpos oficiales de los grupos revolucionarios, que desde el principio del conflicto comprendían un muy alto porcentaje del número total en armas. Aun durante las últimas etapas de la Guerra, la mayoría de los grupos de guerrilla liberales continuaron siendo dirigidos por hombres cuya posición social puede ser mejor descrita como perteneciente a la elite provincial. Este punto es de crucial importancia porque, como argumentaré más adelante, aunque existe evidencia de que los líderes de extracción social más popular desempeñaron papeles más prominentes en las fuerzas de la guerrilla a medida que la Guerra progresaba (una tendencia cuyas implicaciones sociales potenciales aterraban a las elites de ambos partidos), no hay evidencia de que estos líderes y fuerzas populares hayan evolucionado hacia la articulación de un proyecto social que pudiera democratizar las disposiciones sobre la tenencia de la tierra, la reforma a los sistemas explotadores de trabajo o el cambio en las políticas que desfavorecían ampliamente a los colonos en la adjudicación de las tierras públicas. No obstante la retórica en tiempos de guerra del Gobierno y la ficción legal, es rara una evidencia documentada de que algunos grupos de guerrilla rutinariamente se dedicaran a actos de criminalidad común. Las fuerzas guerrilleras tomaban la propiedad y exigían prestamos en nombre de la revolución liberal, pero ésta era una práctica estándar de los ejércitos combatientes durante todo el siglo XIX.

González le ha prestado un gran servicio a los estudiosos de la Guerra, presentándoles una hipótesis interpretativa y provocadora relacionada con las dimensiones populares, que es notable por su claridad, alcance y comprensión. Declarada virtualmente como un silogismo, su interpretación puede ahora ser sostenida, modificada o desacreditada por una investigación más avanzada.

La contribución final aquí discutida es tam-

²¹ *Ídem.*, p. 116.

²² *Ídem.*, p. 117.

²³ *Ídem.*

bién la más reciente: el libro *Tras las huellas del soldado Pablo*, de Hermes Tovar Pinzón, que también está publicado en el volumen sobre la guerra editado por Sánchez y Aguilera²⁴. Tovar, un historiador colonial de América Latina por instrucción, es un escritor prolífico en todos los aspectos de la historia colombiana, y es indudablemente el historiador más familiarizado con las fuentes de documentación disponibles en el Archivo Nacional. Es, por tanto, apropiado que en el artículo aquí discutido, Tovar se haya propuesto probar la utilidad de un hasta aquí olvidado y realmente masivo cuerpo de documentación perteneciente a la Guerra de los Mil Días. Los documentos en cuestión fueron creados después de la aprobación en 1938 de una ley diseñada para compensar a los veteranos de la Guerra de los Mil Días por su servicio. Más de 26.000 archivos o expedientes existen en esta colección guardada en el Archivo Nacional colombiano, y usualmente citada como *Ministerio de Defensa, Expedientes Veteranos de la Guerra de los Mil Días*.

Como Tovar explica en detalle, cada petición presentada por el candidato a la compensación bajo esta ley debía ir acompañada del testimonio de tres miembros reconocidos de los militares confirmando la participación del candidato en la Guerra, del certificado de bautismo del candidato y, si aplicaba, de los certificados de matrimonio y defunción, como también de un relato corto sobre la participación del candidato durante el tiempo de guerra. Aunque elementos de la información requerida no estén presentes en cada archivo, es posible determinar para la mayoría de los candidatos la edad, el lugar de nacimiento, la ocupación al comienzo de la guerra y la experiencia militar. Con frecuencia, la declaración de servicio en la guerra incluye información fascinante sobre los motivos y la experiencia de los candidatos.

Tovar inicialmente se propuso usar este cuerpo masivo de fuente para ver si podía descubrir información sobre un familiar, un joven soldado con el nombre de Pablo Tovar enviado a reforzar las tropas del Gobierno a la batalla central de Palonegro. Él no encuentra material sobre Pablo; Tovar cree que probablemente fue uno más entre los miles que perdieron su vida en la batalla más sangrienta de la Guerra. Pero ya una vez involucrado con esta colección de documentos que investiga durante un período de cinco años,

Tovar decide probar qué tan útiles pueden ser estos documentos para ampliar la comprensión de la Guerra, especialmente en lo que se refiere a las dimensiones populares personificadas en un soldado como Pablo. Tovar toma dos muestras para ver qué tipo de información pueden producir estos documentos. En la primera, que consiste en casi la mitad de los archivos, él simplemente registra el rango militar que cada ex-combatiente obtuvo durante la Guerra. En la segunda muestra, una mirada más detallada y calificada a los archivos de 170 candidatos, enfoca su atención sobre las declaraciones de servicio.

Trabajando con estas dos muestras, Tovar intenta en el artículo brindar a sus compañeros investigadores un tipo de guía del “saber-como” para el uso adecuado de las fuentes de documentación que muchos podrían encontrar de utilidad cuestionable o marginal. Como él elocuentemente lo dice, “la información repetida y rutinaria de estas peticiones termina por disolver lo individual en el mundo de lo social. Lo reiterativo de unos documentos comunes constituye una especie de puntillismo que introduce luz en el cuadro de la historia”. Él continúa: “Cualquier investigador con poca experiencia estaría tentado a dejar esta documentación o usarla como dato aislado para ilustrar historias personales y no como parte de fenómenos colectivos que comienzan a revelarse a medida que la reiteración toma cuerpo en lo cuantitativo”. Tovar concluye este pasaje con la siguiente aseveración: “Absorbidos en ambientes sociales, estos expedientes precisan y recrean las estructuras de una época”²⁵.

Éste es un conjunto de afirmaciones abundante sobre el material que extracta de la primera muestra, y los lectores del artículo tendrán que juzgar por ellos mismos qué tan exitoso es en apoyarlas. Por lo menos es capaz de usar su primera muestra para determinar la distribución por edad y rango de los peticionarios, y establece un buen caso para hacer un trabajo cuantitativo similar usando los datos sobre lugares de nacimiento, estado civil, estructura de la familia, profesión y lugar de residencia.

En cuanto a la utilidad potencial de la información cualitativa recogida en los relatos de servicio en la muestra más pequeña que realizó, Tovar no es menos positivo sobre los prospectos para los investigadores. Él estima que estos rela-

²⁴ *Ídem*.

²⁵ *Ídem.*, p. 156.

tos pueden totalizar unas 10 a 20 mil páginas, y pregunta qué se puede hacer con este enorme cuerpo de material:

Más allá de la originalidad de la descripción, la ingenuidad que ofrecen muchas de ellas, lo escueto de los recuerdos o el exhibicionismo del valor mediante el uso de la retórica, podremos sacar algunas conclusiones que cambian visiones convencionales de la guerra o al menos nos dejan otra imagen de este desastre de la nación colombiana. Más allá de ser un elogio a la victoria o la constatación de una vinculación a uno de los partidos en contienda, los relatos de los veteranos son pequeñas piezas, memorias de la guerra, con los cuales es posible tejer los escenarios del conflicto, los motivos de la movilización y las actitudes de los combatientes. Son notas para una gran sinfonía²⁶.

Esto suena inspirador, pero al final, a mi entender, Tovar es menos que completamente exitoso en demostrar que esta fuente es tan útil. No se puede evitar el hecho de que el material sobre los testimonios que él cita en el archivo sea tendencioso, ya que está diseñado para cumplir los prerequisites establecidos por la ley y para convencer a los burócratas del Gobierno que están administrando el programa de que el candidato sí estuvo en realidad involucrado en la Guerra²⁷. Aunque otros investigadores han usado elementos del testimonio en las peticiones a su ventaja –uno piensa, en particular, en el trabajo anteriormente citado de Aída Martínez sobre la motivación femenina durante el conflicto– sus conclusiones, como las de Tovar en este artículo, parecen excesivamente influidas por una inherente parcialidad en esta documentación. Ambos, Martínez y Tovar, concluyen que los participantes en el conflicto incluyendo miembros de las clases populares estuvieron profundamente motivados por las ideologías partidistas. Como Tovar lo afirma: “Entre la conscripción y la incorporación voluntaria hay una gama de actitudes que no dejan lugar a dudas sobre el poder ideológico de los partidos. La política era una especie de religión. Las ideas liberales y conservadoras operaban como libro sagrado capaz de condicionar la

vida de quienes veían en ellas un evangelio irrenunciable”²⁸.

Nuevamente, de hecho, éste puede ser el caso. ¿Pero puede uno realmente esperar llegar a una conclusión diferente basado en el tipo de evidencia en los documentos en cuestión? Ahora podemos volver a la cuestión de reinterpretar la Guerra, especialmente en sus dimensiones populares, dentro del amplio recorrido de la historia colombiana. Una revisión fundamental del significado de la Guerra, pensaría uno, debería estar en evidencia hoy. Después de todo, mucho ha cambiado desde la época descrita al comienzo de este ensayo, tanto en términos de cómo marcha el mundo y los asuntos colombianos, como también en los términos de la forma como entendemos esta historia.

Por supuesto, el centro de todos estos cambios ha sido la falla y el colapso de los regímenes socialistas autoritarios asociados con la antigua Unión Soviética y la resultante hegemonía mundial de las instituciones capitalistas liberales y el estado militarizado de Estados Unidos. Estos desarrollos han forzado a los historiadores, y en particular a los de izquierda, a repensar el papel histórico de la lucha popular en la creación de un nuevo orden mundial progresivamente más democrático. Pero mientras algunos tomaron esta oportunidad para abandonar el estudio de lo popular tirando por la borda sus métodos marxistas y visiones socialistas y uniéndose a la celebración liberal de “fin de la historia”, muchos otros han perseverado, explorando primero un nuevo tipo de historia social y luego una nueva historia cultural, mucha de ella centrada en el análisis del discurso. Aunque la mayor parte de este último trabajo es presentado en un discurso académico enrarecido y bastante distanciado del lenguaje y los intereses de la política popular, lo mejor de esto es que ha aumentado enormemente nuestra comprensión de los complejos mecanismos a través de los cuales las fuerzas populares luchan para efectuar el cambio democrático. En la historiografía de la Colombia del siglo XIX, la sofisticación y promesa de este tipo de trabajo está ejemplificada en los estudios justamente celebrados de políticas del artesano realizados por Francisco Gutiérrez Sanín, *Curso y discurso del movimiento plebeyo 1849/1854*, y

²⁶ *Ídem.*, pp. 157-158.

²⁷ *Al respecto, una pregunta no formulada en el artículo consiste en establecer qué alcance tiene toda la muestra parcializada a favor de los solicitantes liberales dado que el programa fue iniciado durante un período de hegemonía política liberal e intermitente boicot conservador del proceso electoral.*

²⁸ Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera (eds.), *Ob. Cit.*, pp. 162-163.

Mario Aguilera, *Insurgencia urbana en Bogotá: motín, conspiración y guerra civil, 1893-1895*²⁹. Para la Guerra de los Mil Días no hay todavía nada comparable a estos dos extraordinarios estudios.

Comparando los trabajos de Gutiérrez y Aguilera con los estudios sobre la Guerra discutidos anteriormente, se hace clara una distinción que sólo ha sido implícita en la discusión hasta este punto. Aprender sobre cómo el pasado ha afectado las vidas de la gente del común es un aspecto de la investigación por lo popular en la historia. Encontrar grupos populares actuando por cuenta propia para promover sus propios intereses es completamente otra. La investigación sobre la Guerra de los Mil Días ha avanzado considerablemente en años recientes en términos de la primera dimensión. Pero justamente, como ocurrió en mi propia investigación para mi disertación hace tres décadas, la investigación en la segunda dimensión consecuentemente no ha conseguido nada.

Puede ser que hasta ahora hayamos buscado en los sitios equivocados y que los futuros investigadores puedan descubrir los escondites de nuevos documentos que les permitan estudiar los grupos populares del tiempo de la Guerra que hablen y actúen a nombre propio. Uno piensa, por ejemplo, en el descubrimiento de Gonzalo Sánchez –uno que aún no ha sido complementado con hallazgos de material similar en otra parte– de documentos en El Líbano que demuestran la existencia, por lo menos en ese municipio, de una cultura popular insurrecta entre artesanos y trabajadores rurales en el corazón de la zona cafetera en los años veinte³⁰. Pero hasta ahora nadie –hasta donde yo sé– ha encontrado documentos de este tipo para el período de la Guerra de los Mil Días. Esto puede ser, como se anotó anteriormente, el resultado de la falta de investigación diligente particularmente en los repositorios y archivos de fuera de Bogotá. O puede indicar algo diferente por completo, algo que todavía tenemos que confrontar directamente, a

saber: la posibilidad de que para el tiempo de la Guerra de los Mil Días, los grupos capaces de actuar políticamente por su propia cuenta no existían en la práctica. Esta posibilidad, si fuese cierta, tendría, yo creo, serias implicaciones en la forma como pensamos acerca de la historia colombiana de ambos siglos, el XIX y el XX.

La posibilidad de que el medio popular del tipo que estamos discutiendo haya virtualmente desaparecido de la escena colombiana para el tiempo de la Guerra es sugerido por la información de otros estudios recientes sobre la política del país en el siglo XIX, aunque establecer dicho argumento no es el propósito primordial de estos estudios. La historia de la política artesanal entre los períodos estudiados por Gutiérrez y Aguilera ha sido examinado por el historiador de Estados Unidos, David Sowell, en su libro *Los inicios del Movimiento Laboral colombiano: artesanos y la política en Bogotá, 1832-1919*³¹, y aunque este trabajo es menos conclusivo, sugiere que a través del tiempo muchos miembros de la gran clase artesana de Bogotá se han desilusionado de las políticas liberales y, más aún, algunos se han convertido en partidarios activos de las facciones conservadoras.

En otro frente, el trabajo de otros historiadores colombianos como Renán Vega Cantor y Miguel Ángel Urrego han puesto de relieve mucho más que otros historiadores previos, la severidad y exhaustividad de los programas políticos y sociales reaccionarios y represivos de la regeneración, el régimen nacional conservador que le arrebató el poder a los liberales en 1885 y permaneció en control de la vida nacional hasta el fin del siglo³².

Mientras tanto, el historiador de Estados Unidos, James Sanders, ha mostrado cómo el período precedente de control político nacional liberal fue construido sobre el apoyo popular al partido, especialmente entre los constituyentes negros en el Valle del Cauca a comienzos de los 1850. Él argumenta que el miedo de la elite a los

²⁹ Francisco Gutiérrez Sanín, *Curso y discurso del movimiento plebeyo 1849/1854*, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI)-El Áncora Editores, 1995. Mario Aguilera Peña, *Insurgencia urbana en Bogotá: motín, conspiración y guerra civil, 1893-1895*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1997.

³⁰ Ver *Los Bolcheviques de El Líbano*, Bogotá, 1976.

³¹ David Sowell, *Los inicios del Movimiento Laboral Colombiano: artesanos y la política en Bogotá, 1832-1919*, Filadelfia, Temple University Press, 1992.

³² Ver en particular Miguel Ángel Urrego, “La noción de ciudadanía bajo la Regeneración: Colombia, 1880-1900”, en Rossana Barragán, Dora Cajías y Seemin Qayum (eds.), *El Siglo XIX: Bolivia y América Latina*, La Paz, Muela del Diablo Editores, 1997, pp. 631-667.

proyectos y la participación popular liberal socavó progresivamente la unidad del partido liberal durante los 1860 y 1870, y finalmente comprometió su proyección en la escena nacional³³.

James y otra historiadora de Estados Unidos, Nancy Applebaum, han construido sobre el trabajo anterior de académicos colombianos como María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez³⁴, y han utilizado con provecho los archivos regionales para mostrar cómo los colonos de la frontera agrícola en expansión de la cordillera Central en este período compartían un carácter esencial conservador, masculino, dueño de propiedad, pro-católico ceñido por una identidad racial de blancura. Este sentido de identidad racial, en parte real, en parte imaginado, fue contrapuesto a “otro” racial, los negros republicanos liberales radicales del Valle del Cauca, y facilitó la construcción de una identidad regional que trascendió los antagonismos de clases entre los colonos³⁵.

Estudios como éstos sugieren una hipótesis que podría explicar la desactivación gradual de una política autónoma de los grupos populares en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX. El argumento sería algo así como: exceptuando a los focos de resistencia formados por grupos indígenas y descendientes de los esclavos africanos, la mayoría de la gente mestiza trabajadora en las áreas rurales esenciales de Colombia, especialmente los colonos y los pequeños propietarios en la frontera agrícola, han adoptado los valores individualistas, patriarcales, conservadores, pro-capitalistas y raciales defendidos por el liderazgo blanco de los partidos liberal y conservador³⁶.

Mientras tanto, los artesanos urbanos, cuyas organizaciones tuvieron un gran impacto en la política nacional de la década de 1850, vieron disminuidas sus fortunas materiales (como resultado de las políticas liberales de libre comercio que hicieron más difícil para ellos competir con muchos fabricantes extranjeros) y el declive de su influencia política (el resultado de la ambivalencia o reacción de parte de las elites li-

berales frente a la movilización popular) en las décadas después de 1850. La crisis del comercio internacional y las políticas económicas poco ortodoxas de la Regeneración pueden haber traído a los artesanos algún respiro en términos económicos durante los 1880, pero las restricciones draconianas del régimen sobre la expresión democrática y los derechos políticos socavaron el potencial de la expresión y organización artesana. Como cuando Aguilera nos muestra, tan convincentemente, que algunos artesanos en Bogotá se unieron a la conspiración de los liberales y participaron en la revolución de corta duración de 1895, y fueron castigados con la represión y el exilio.

Podría pensarse, dado el alcance de la documentación que Aguilera encontró que llega hasta 1895, que algún grado de organización artesanal radical hubiera sobrevivido para desempeñar un papel en la Guerra de los Mil Días. Pero en este punto, la evidencia parece sugerir que incluso en Bogotá, los artesanos ya estaban en gran parte acabados como grupo capaz de tener una visión autónoma y una acción independiente hacia 1899. Con base en la documentación que hemos encontrado hasta la fecha, parece ser que estos artesanos que apoyaron la causa liberal al comienzo del conflicto en ese año actuaron bajo la dirección de los líderes liberales y no a petición de sus propias organizaciones.

Obviamente, toda esta interpretación de la desactivación popular es especulativa, y el aceptarla requeriría muchísima más documentación y trabajo interpretativo del que se ha hecho hasta la fecha. Sin embargo, cualquiera que sea la explicación, en el estado presente de nuestra investigación parece ser que la ausencia de una dimensión popular independiente coloca a la Guerra de los Mil Días aparte de las guerras civiles anteriores de ese siglo.

Vista desde la luz de la desactivación popular, el significado de la Guerra toma un nuevo significado. Por una parte, marca el punto final de un largo período de declinación de la política

³³ “Republicanos contenciosos: política, raza y clase popular en el siglo XIX en Colombia”, próximo a salir, Duke University Press.

³⁴ María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana, 1810-1850*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987.

³⁵ El trabajo de Applebaum está condensado en “Blanqueando la región: mediación caucana y colonización antioqueña”, en *Reseña histórica hispano americana*, vol. 79:4, noviembre de 1999, pp. 631-667.

³⁶ Sospecho que este proceso mostrará, en una futura investigación, que se extiende mucho más allá de la Cordillera Central, afectando las áreas de colonización de frontera en el occidente de Cundinamarca y Tolima, destacado por Fernán González, y que de acuerdo con una anterior discusión, abarcaría Santander y probablemente también otras áreas.

popular. Por otra parte, señala el comienzo de otro período, que todavía hoy nos acompaña, en el que los intereses populares están en gran parte sumergidos y son canalizados a través de la identificación con los partidos liderados por las elites liberal y conservadora.

Creo que considerar la Guerra de esta forma coloca toda la historia colombiana –y por extensión, la historia latinoamericana– bajo una nueva luz. Esto es cierto para los siglos XIX y XX de la nación y de la región. Aquí nos centramos primordialmente en el siglo XIX, que es el tema principal de este ensayo. Si uno está tratando de explicar la desactivación popular en el período de la Guerra de los Mil Días, la característica más importante de la historia colombiana del siglo XIX es el proceso a través del cual se llegó a esa amplia identificación popular con los dos partidos liderados por las elites. La profundidad del apoyo popular a estos partidos coloca a Colombia aparte de otros países importantes de América Latina y debería ser entendido en términos comparativos. En Colombia, como en la mayoría de otros países de la región, la Independencia desencadenó décadas de conflicto civil sobre la cuestión de la reforma liberal del orden colonial. Pero donde en el resto de la región se acomodó exitosamente algún grado de reforma liberal y se logró una estabilidad política mucho antes del final del siglo XIX, en Colombia los asuntos sobre la reforma liberal aún estaban por resolverse a finales del siglo; es más, ellos aún estaban sin resolverse a comienzos del siglo XX después de la mayor de las guerras civiles que convulsionó la nación y la región durante todo el siglo XIX.

La explicación de la historia divergente de Colombia del siglo XIX debe comenzar con la falla del país para desarrollar y expandir las exportaciones agrícolas o mineras a la economía mundial, lo que recortó la consolidación material e ideológica de las fuerzas liberales. Igualmente importante para explicar la excepcionalidad colombiana del siglo XIX fue la necesidad de las elites contendientes de apoyar la movilización política y militar de las clases populares en su prolongada lucha sobre el momento y la extensión de la reforma liberal. Ellos hicieron esto, en parte, porque a diferencia del resto de América Latina, en Colombia las posibilidades de una política popular basada en solidaridades étnicas y culturales fuera de la corriente principal del blanco-mestizo de habla española eran limitadas.

Más aún, otra dimensión crucial del alcance de la identificación popular con los dos partidos en Colombia fue el grado en el que los partidos reflejaron y acomodaron las aspiraciones de importantes elementos de las clases populares. Esto fue particularmente cierto, como lo hemos visto, en las áreas donde la lucha por la tierra en la frontera agrícola fusionó los valores sociales, raciales, conservadores de los propietarios mestizos (grandes y pequeños, actuales y aspirantes) con los valores similares de las elites terratenientes y comerciantes capitalistas. La identificación popular con uno u otro de los dos partidos en Colombia –un proceso que avanzó a través de una guerra civil intermitente durante todo el siglo XIX– fue luego indeleblemente fijada en el cuerpo político durante la guerra civil más sangrienta y destructiva de todas las del siglo XIX.

Un resultado de este proceso político del siglo XIX, que coloca a Colombia decisivamente aparte de sus vecinos latinoamericanos, es una resistencia peculiar a la formación de terceros partidos, especialmente de partidos populares de izquierda a lo largo de todo el siglo XX. Muchos estudiosos de la historia de Colombia en el siglo XX argumentan que la fortaleza del sistema de los dos partidos y la falla de la política popular democrática dentro de él ayudan a explicar el resurgimiento de la violencia política a mitad del siglo, la singularidad de su dinámica y de la forma de su fórmula de compartir el poder que la trajo temporalmente a un final. Muchos también argumentarían que la ausencia de una alternativa democrática popular a los partidos tradicionales contribuyó a la insurrección de la guerrilla de las décadas recientes, y que esa ausencia continúa siendo un impedimento importante a la resolución de la crisis que enfrenta hoy la nación.

Por todas estas razones, y a pesar de todos los cambios, tanto históricos como historiográficos que han ocurrido en las más de tres décadas examinadas en este ensayo, continúo creyendo que la búsqueda de lo popular en la Guerra de los Mil Días es importante. Afecta nuestra comprensión de la guerra misma y de la historia colombiana y latinoamericana de los siglos XIX y XX en general. Y debido a que la forma como entendemos el pasado ayuda a formar nuestra política aquí y ahora, continúa siendo también un importante esfuerzo político.